

MODELO DE EXAMEN DE SELECTIVIDAD RESUELTO: DESCARTES

Texto: “Posteriormente, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que carecía de cuerpo, así como que no había mundo o lugar alguno en el que me encontrase, pero que, por ello, no podía fingir que yo no era, sino que por el contrario, sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era (...) llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar y que tal sustancia, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De suerte que este yo, es decir, el alma, en virtud de la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es”.

R. Descartes, Discurso del Método, IV Parte.

Cuestiones:

1ª/ Expón el contexto histórico, cultural y filosófico del texto.
(2 puntos)

2ª/ Comentario del texto (5 puntos):

2. a. Explica el significado de los términos subrayados en el texto.
(1,50 puntos)

2. b. Expón la temática planteada en el texto.
(1,50 puntos)

2. c. Justifica la temática planteada en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.
(2 puntos)

3ª/ Relaciona la temática expuesta en el texto con la otra posición filosófica y haz una valoración razonada sobre su posible vigencia o actualidad.
(3 puntos)

RESPUESTAS

1ª/ Contexto histórico, cultural y filosófico del texto.

El fragmento que comentamos pertenece a la IV Parte del Discurso del Método, en la cual Descartes nos narra cómo, tras la aplicación de la duda metódica, halló una primera verdad indubitante, el *cogito*, las características de esta verdad y la existencia de otras verdades, deducidas de esta primera: Dios y el mundo.

La obra constituía el prólogo de la publicación anónima en 1637 de tres ensayos, titulados *La dióptrica*, *los meteoros* y *la geometría*. Curiosamente, con el paso del tiempo, tal prólogo pasó a convertirse en una de las señas de identidad del proyecto filosófico de Descartes, pues de modo bastante resumido y en francés, exponía la necesidad de recurrir a un método adecuado para la filosofía y los resultados efectivos obtenidos por el propio Descartes tras la aplicación de tal método.

Descartes, hombre polifacético e inquieto, también cultivó las ciencias y participó activamente en los sucesos de su tiempo, como muestra de ello cabe decir que es el inventor de la Geometría Analítica, seguidor de las tesis heliocéntricas de Copérnico y Galileo y soldado en los frentes de batalla en los que se enfrentaron a lo largo del siglo XVII católicos y protestantes.

La figura de Descartes (1596- 1650) representa ejemplarmente el ambiente que se vivía en el siglo XVII. Después de la crisis que había representado el Renacimiento durante los dos siglos anteriores, Europa se enfrenta con graves problemas que exigen nuevos métodos para solucionarlos. Los conflictos sociales se agudizan: la sociedad estamental de la Edad Media, basada en la posesión de la tierra y las organizaciones gremiales, se muestra impotente para responder a la nueva realidad. La nobleza aún conserva el poder, pero cada vez resulta más cuestionada por continuas revueltas campesinas y conflictos con la burguesía.

Desde el punto de vista económico estamos en el momento en el que el capitalismo naciente trata de abrirse paso en una estructura aún feudal, decididamente anticuada pero que aún se resiste a dejar paso a nuevas formas de organización económica. El hambre resulta una amenaza permanente; las continuas guerras exigen el continuo aumento de los impuestos, que el pueblo no puede soportar. Los comerciantes y fabricantes ven aumentar su poder real pero aún este poder no está reconocido políticamente. Es decir, en el siglo XVII se asiste al esfuerzo por encontrar nuevos métodos políticos, económicos y culturales que sean capaces de reemplazar a la estructura medieval que, a pesar de estar realmente superada, se aferra al poder. Como toda crisis prolongada resulta insoportable para los ciudadanos, surgen en muchas naciones europeas (como Francia, Inglaterra, España) las monarquías absolutas, consideradas como el único medio de unificar un poder cada vez más disperso y cuestionado.

Culturalmente hablando, es la época del Barroco, en el que predomina una actitud pesimista: el hombre percibe la realidad y su vida como movimiento, mudanza y fugacidad. El tiempo pasa a convertirse en una obsesión, todo es

contingente y azaroso, no parece haber en el mundo humano ningún tipo de orden. Todo es percibido como apariencia y la esencia de las cosas parece permanecer oculta. Así, la búsqueda de Descartes de la certeza en medio de las dudas y de los engaños no parece una mera actitud retórica, más bien parece constituir la máscara que adopta Descartes para desenmascarar las contradicciones de su tiempo.

El apogeo de la literatura, y en especial del teatro, también parece ser un claro síntoma de esa actitud del hombre barroco por disimular sus auténticos sentimientos e inquietudes: frente al reconocimiento del miedo, la hipérbole; frente a la vida, el sueño (piénsese en los casos de Calderón y Shakespeare).

Filosóficamente hablando, las ideas sufren una crisis tan profunda como todos los demás aspectos de la cultura. La filosofía “oficial” de la época seguía siendo la Escolástica medieval; pero estaba claro que esa filosofía dogmática y que rechazaba la crítica no podía satisfacer la inquietud de los intelectuales de la época, marcados por las novedades que había traído el Renacimiento y, sobre todo, el nuevo enfoque de la ciencia, representando por personajes de la talla de Copérnico y Galileo, que revolucionaron la manera de entender no sólo el mundo, sino también el Universo. Sin embargo, también en este aspecto el pasado se resiste a morir: la Inquisición se muestra muy activa y a Galileo casi le cuestan la vida sus descubrimientos científicos. El mismo Descartes, pese a su prudencia, no se salva de persecuciones y conflictos con el poder (no es anecdótico que Descartes publicara el Discurso de forma anónima).

En Francia la figura de Montaigne representa la revitalización del escepticismo antiguo. Este autor, tan hijo de su época como Descartes, concluye, ante las contradicciones en el campo del conocimiento y de la religión, que no nos es posible conocer la verdad y que, por tanto, debemos atenernos a la duda. La filosofía de Descartes se constituirá en franca oposición a esta postura e, incluso, el recurso a la duda por parte de Descartes no representa sino el mismo intento de combatirla y desarmarla en su propia raíz.

En el campo de la física, destaca la figura de Gassendi, revitalizador a su vez del antiguo atomismo griego. Para Gassendi, la naturaleza se compone de átomos y, por tanto, no hay en ella ninguna necesidad, siendo la materia finitamente divisible. Frente a estas tesis, Descartes planteará un modelo de naturaleza mecanicista, en el que todo es explicado recurriendo sólo a la materia y a su carácter extenso, siendo ésta infinitamente divisible. La polémica entre Descartes y Gassendi marcará gran parte del desarrollo de la Física durante este siglo. Además, Gassendi se erigió en uno de los críticos más mordaces de la concepción de la sustancia de Descartes.

Tampoco podemos entender cabalmente el pensamiento cartesiano sin entroncarlo en la tradición escolástica, de la que, en un principio partió, y de la que se presenta como su alternativa más completa. La relación de Descartes con la escolástica es ciertamente ambigua: toma de ella alguno de sus conceptos claves (por ejemplo, las nociones de Dios y de sustancia), pero, al mismo tiempo, reniega firmemente de la validez de sus métodos.

Pero la influencia más constructiva que se aprecia en Descartes es la de la nueva ciencia, es decir, aquella que se ha ido configurando en torno a la revolución en el campo de la astronomía y que se fue extrapolando a otros ámbitos del saber. Especialmente interesantes resultan en este contexto las reflexiones sobre el método de autores como Bacon y Galileo, de las que Descartes parte para formular el suyo propio. Y en este método cartesiano también podemos apreciar la gran influencia ejercida en él del método geométrico: para Descartes, esa combinación de la intuición y la deducción suponen hasta ese momento el mejor exponente del buen uso de la razón y, a partir de aquí, Descartes se preocupó por dotar a otros campos del conocimiento de ese mismo rigor en el proceso de razonamiento.

La importancia de Descartes consiste, además, en que él inicia la corriente del racionalismo, caracterizada básicamente por la afirmación de la existencia de ideas innatas y por concebir a la razón de modo autónomo, es decir, como un instrumento capaz de conocer toda la estructura de la realidad partiendo desde sus propios fundamentos.

También es sumamente significativo Descartes por haber hecho depender el conocimiento del sujeto y no de la realidad, es decir, a partir de Descartes, la relación sujeto-objeto que implica todo acto de conocimiento, se explicará a partir del sujeto, del yo, y no ya de las cosas. En definitiva, la importancia de Descartes consiste en que él inicia la filosofía moderna, al poner en duda los cimientos de la filosofía medieval e inaugurando un nuevo camino que será proseguido por filósofos como Spinoza, Leibniz, Locke, Hume y Kant. Descartes es el último pensador medieval a la vez que el primer pensador moderno; y es precisamente esta ambigüedad la que va a caracterizar gran parte de la herencia cartesiana.

2ª/ Comentario del texto.

2. a. Explicación de los términos subrayados en el texto.

Sustancia: en el fragmento que comentamos, el término “sustancia” aparece explicado como aquello que “para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material y cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar”.

Para Descartes, “sustancia” es todo aquello que existe de tal manera que no necesita de ninguna otra cosa para existir. Entendida de manera literal, esta definición sólo es aplicable a Dios, puesto que el resto de los seres necesitan de Dios para existir. Pero, en un sentido derivado, Descartes también aplicó esta definición para designar a aquellos otros ámbitos de la existencia, que, siendo radicalmente diferentes entre sí, sólo necesitan del concurso divino para existir. De este modo, también son sustancias el pensamiento o *res cogitans* y los cuerpos o *res extensa*. Como resultado de esta distinción, la realidad queda dividida, según Descartes, en dos ámbitos totalmente distintos: el ámbito puramente mental y el ámbito material; separación que se conoce con la denominación de “dualismo ontológico”.

La sustancia sólo puede ser conocida a través de un rasgo fundamental o esencial que Descartes llamó “atributo”, y del cual dependen, a su vez, una serie de propiedades que lo modifican y caracterizan, llamadas por Descartes “modos”. Así, en el caso de la sustancia pensante, su atributo es el pensamiento y constituyen sus modos, entre otros, la voluntad y la memoria. En el caso de la sustancia material, la extensión es su atributo y sus modos son, entre otros, la figura y el tamaño.

Alma: en el fragmento que comentamos, el término “sustancia”, anteriormente explicado, está aplicado a la sustancia pensante o yo, cuyo atributo principal es el pensamiento. El término “alma” aparece mencionado en las últimas líneas de este fragmento como sinónimo del término “yo” y aparece descrito como aquello que es “totalmente distinto del cuerpo y más fácil de conocer que éste”.

Para Descartes, el alma constituye la *res cogitans* o sustancia pensante, que es la primera en ser demostrada por Descartes a partir de su propia condición de ser pensante, aunque no sea la más importante en el ámbito ontológico, ya que este lugar lo ocupa Dios o la sustancia infinita. En el fragmento se aprecia claramente la heterogeneidad existente, a juicio de Descartes, entre alma y cuerpo, fundamento de la explicación dualista del hombre, que constituyó otro de los serios problemas teóricos con los que Descartes se encontró como consecuencia de su concepción de la sustancia.

2. b. Exposición de la temática planteada en el texto.

El tema que se expone en este fragmento del Discurso del Método es la afirmación cartesiana del carácter sustancial del alma, la cual es independiente del cuerpo y más fácilmente cognoscible que éste. Esta sustancia aparece caracterizada con el atributo del pensamiento y es radicalmente distinta del cuerpo donde “parece” hallarse.

El fragmento que comentamos aparece, dentro del orden expositivo de esta IV parte del Discurso del Método, justo después del hallazgo por parte de Descartes del *cogito*, es decir, después del establecimiento de la conexión entre pensamiento y existencia, que ha sido constatada por medio de la intuición intelectual tras la aplicación rigurosa del primer precepto del método cartesiano: la evidencia. En relación con esta primera exigencia metódica, Descartes había aplicado un proceso de duda sobre todos aquellos fundamentos de la verdad admitidos hasta ese momento de un modo acrítico y el resultado había consistido precisamente en el hallazgo de esa primera verdad evidente: el *cogito*, cuya existencia se establece con total certeza.

Entre estas afirmaciones cartesianas, como ya hemos sugerido al principio de nuestra respuesta, este fragmento supone el tránsito de la afirmación indudable de la existencia del *cogito* a un análisis de su naturaleza o esencia, es decir, una vez establecida la existencia de un sujeto pensante, es necesario establecer, a su vez, en qué consiste esa actividad pensante. Por ello, podemos analizar este fragmento de acuerdo con la siguiente secuencia argumentativa:

- 1) es verosímil “fingir” la no existencia de ningún elemento material: ni cuerpo ni mundo o lugar alguno.
- 2) no se puede dudar o fingir que el yo no sea algo o no exista, pues, precisamente, la duda acerca de la verdad de las cosas materiales refuerza aún más la evidencia de la existencia de un yo no material.
- 3) si se deja de pensar, no se puede certificar la existencia del yo.
- 4) el yo existe como una sustancia cuya esencia radica en el pensamiento y es independiente de cualquier elemento material.
- 5) el alma, como sustancia pensante o yo, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es.

2. c. Justificación de la temática planteada en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.

En el proyecto filosófico de Descartes, la cuestión del método, la teoría del conocimiento y la metafísica están íntimamente entrelazadas. La idea fundamental de la unidad del saber humano, que Descartes, además, se representa bajo la forma seguida y concatenada de la geometría, es la que permite reunir todos estos elementos.

El punto de partida de este proyecto filosófico no es otro que el de la duda metódica, pues sobre ella va a intentar Descartes fundar una concepción de las relaciones entre la razón y la realidad, un nuevo sistema filosófico que supusiera una alternativa tanto al sistema aristotélico como a la filosofía escolástica, deudora ella misma de gran parte de los fundamentos establecidos por Aristóteles. Además, la duda cartesiana refleja la situación real e histórica de su tiempo: el hombre parece haber perdido sus convicciones y no sabe a qué atenerse, no posee una verdad cierta que se halle a cubierto de la duda. Pero necesita encontrarla. ¿Cómo encontrarla?

La duda cartesiana no es una muestra más del escepticismo, sino que, por el contrario, es la expresión de una actitud de cautela y desconfianza que requiere la búsqueda de una evidencia indestructible que supere cualquier atisbo de duda y, en segundo lugar, supone un método de investigación positiva, puesto que, aquella afirmación que logre salir victoriosa de los ataques de una duda metódica llevada hasta sus últimas consecuencias, será la verdad cierta buscada y podrá servir de fundamento sólido para descubrir otras verdades. Así, en el fragmento que comentamos y en sus primeras líneas, cuando Descartes afirma que podía “fingir que carecía de cuerpo” nos está precisamente mostrando la extensión de esa duda, con carácter hipotético, a aquello que no parece ofrecer ningún tipo de certeza: el cuerpo y el mundo en el que éste se encuentra.

Con este proceso de duda metódica, Descartes no pretende que se dude de ningún conocimiento en particular, sino que aparezcan como dudosos los principios sobre los que parecen asentarse nuestras certezas. Por lo cual, los motivos de duda expuestos por Descartes (el testimonio engañoso de los sentidos, la dificultad para distinguir la vigilia del sueño y la hipótesis del “genio maligno”) no hacen sino insistir en ese carácter problemático e incierto que adquiere la realidad a la hora de plantearnos su efectivo conocimiento.

Pero el planteamiento mismo de una duda absoluta requiere también una certeza absoluta: el genio maligno me puede engañar en todo menos en una cosa, en que yo tengo que existir para ser engañado. La primera certeza, pues, inasequible a la duda, es la de mi propia existencia como cosa pensante: *cogito ergo sum*. Estamos ya ante una verdad indubitante, a partir de la cual se va a construir todo el edificio de nuestro conocimiento, ya hay una realidad firme (“primer principio de la filosofía” lo llama Descartes) sobre la cual la razón humana puede ir deduciendo más verdades con el mismo carácter indubitante.

La duda ha desembocado en la evidencia de la realidad del pensamiento. El contenido inmediato del *cogito* es la realidad existencial del sujeto pensante: la duda puede afectar a todos los contenidos del pensamiento, pero no puede afectar al yo donde esos contenidos están. Intuimos la existencia de un yo cuya esencia es ser pensamiento: “sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era”, “llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar”, nos dice Descartes en este fragmento que comentamos. En suma, la intuición de la esencia del yo es, en el planteamiento de Descartes, posterior a la intuición de su efectiva existencia, y resultado de la reflexión sobre ella. Todo nuestro fragmento supone un claro ejemplo de lo que estamos afirmando; desde el momento en el que Descartes afirma “posteriormente, examinando con atención lo que yo era” se está situando en el marco de la reflexión que el propio sujeto existente realiza sobre sí mismo, sobre el carácter de su existencia.

De todo lo que se había pensando antes que era el yo (cuerpo, alma, etc.) sólo nos queda, después de la duda, el pensamiento: el yo es *res cogitans*, sustancia pensante. Además, para Descartes, este conocimiento es infalible por ser resultado de una intuición intelectual, es decir, es un conocimiento inmediato, no es el resultado de ningún proceso de elaboración. Pero de la certidumbre del yo hay que transitar a otras certidumbres, pues, de lo contrario, tendríamos la paradoja de un ser existente como puro pensamiento, pero pensamiento cuya única evidencia es el ser pensamiento. Éste es uno de los momentos más delicados del camino emprendido por Descartes, pues, al haber fundado el conocimiento en el sujeto pensante, todo lo que es objeto de pensamiento queda en entredicho, es decir, no tenemos certeza de que lo que pensamos sea o no cierto, sólo la tenemos de que estamos pensando (solipsismo).

La cuestión de la sustancia, por otra parte, es una de las más controvertidas de la filosofía cartesiana. Su concepción de la sustancia como aquello que está dotado de una absoluta independencia ontológica le condujo desde una interpretación rigurosa de tal definición, y por lo tanto a la afirmación de Dios como sustancia plena, a una interpretación más amplia, y por lo tanto a la afirmación de otras dos sustancias más: el pensamiento y la extensión. Ahora bien, al afirmar esto último, se plantea el problema de sus respectivas naturalezas y de sus posibles relaciones.

Sobre la *res cogitans*, las últimas líneas de nuestro fragmento nos indican claramente la dificultad para explicar su relación con el cuerpo. Descartes separa al alma del cuerpo de una manera radical, considerándolas pues sustancias

autónomas y autosuficientes. A la primera sólo le corresponde pensar y, como el cuerpo tiene como atributo la extensión, sólo puede ser modificado por la figura y el movimiento. El cuerpo se reduce así a una “máquina” regida por unas leyes físicas, a un puro mecanismo semejante a un reloj.

La autonomía e independencia entre el alma y el cuerpo se ponen de manifiesto por la claridad y distinción con que el entendimiento percibe esa distinción. Pero Descartes ha establecido una separación tan radical entre ambas sustancias que, cuando quiera explicar al ser humano como unión de alma y cuerpo, tendrá serios problemas. Desde el punto de vista fisiológico, aunque el alma esté unida, según él, a todo el cuerpo, sólo lo está de manera inmediata a la glándula pineal. Después afirma que, en el caso del ser humano, el cuerpo y el alma son sustancias que quedan incompletas si no se reúnen. Pero falta por explicar lo más importante: la posibilidad misma de la acción recíproca entre alma y cuerpo. Para ello acude a la existencia de un pensamiento imaginativo que prueba la colaboración del alma y del cuerpo, ya que las imágenes que pensamos proceden de las sensaciones obtenidas por los órganos de los sentidos. Por último, acude a la existencia de las pasiones, que ponen de relieve la tensión o lucha entre la parte inferior del alma y la parte superior del alma, entre los apetitos ligados a nuestra naturaleza corporal y la razón/ voluntad.

3ª/ Relación de la temática expuesta en el texto con otra posición filosófica y valoración razonada sobre su posible vigencia o actualidad.

Frente a Descartes, **Aristóteles** concibe que cada ciencia, según su objeto de estudio propio, debe tener asimismo su método propio. Además, Aristóteles centró su atención en la realidad sensible y, por tanto, usó un concepto de razón centrado en dar una explicación satisfactoria de las cosas, es decir, el modelo de razón abstracta y matemática de Descartes no tiene cabida en la explicación de la naturaleza ofrecida por Aristóteles. Es evidente que Aristóteles no problematiza el concepto de realidad ni parte, a la hora de conocer, de los conceptos mentales o ideas que tenemos sobre las cosas: la filosofía aristotélica es realista en tanto y en cuanto todo nuestro conocimiento no es nada más que una depuración racional del testimonio que no ofrecen los sentidos.

Por otra parte, el concepto de sustancia juega en ambos autores un papel muy diferente. Aristóteles, al cual se le debe la creación de este concepto, entiende que sustancia son todos los seres individuales compuestos de materia y forma, los cuales, ontológicamente, son las denominadas “sustancias primeras”. Sólo en sentido análogo o derivado, podemos concebir también la existencia de “sustancias segundas”, es decir, la atribución del género o la especie a un sujeto individual y realmente existente (por ejemplo, cuando decimos “Sócrates es un hombre”, Sócrates es la sustancia primera o sujeto real sobre el cual se predica o dice que es un hombre, sustancia segunda). En el planteamiento aristotélico, la esencia, es decir, aquello que hace que cada cosa sea lo que es, venía a coincidir con la forma, que siempre está presente en los seres naturales junto a una materia a la que define e individualiza.

En Descartes, el concepto de sustancia, como ya hemos comentado, proviene precisamente de la reelaboración que hizo la filosofía escolástica de la

concepción aristotélica. Así, los escolásticos, y especialmente Tomás de Aquino, entendieron que sólo hay una sustancia en la que existencia y esencia coinciden (Dios); en el resto de sustancias la existencia se debe a Dios y la esencia es lo que las individualiza y permite tanto conocerlas como diferenciarlas.

En Aristóteles, cuerpo y alma forman un conjunto inseparable que es explicado según la relación materia- forma, siendo el alma aquel principio de vida que individualiza al cuerpo. Sin embargo, en Descartes, la adopción del dualismo cuerpo-alma hace que los conciba como elementos heterogéneos y, por tanto, con una relación difícilmente explicable.

En cuanto a sus respectivos modelos físicos, ambos autores difieren de manera significativa. La física cartesiana, precisamente, se presenta como un modelo alternativo al aristotélico, presente en Occidente hasta los inicios del Renacimiento. Frente al modelo cualitativo y finalista de Aristóteles, donde lo importante es explicar el porqué de los fenómenos y sus cualidades cambiantes; la física cartesiana supone un modelo cuantitativo y mecanicista, en el cual lo importante es explicar cómo suceden los fenómenos recurriendo a unas leyes básicas, expresables en lenguaje matemático.

Valoración:

En el planteamiento cartesiano la primera certeza que encontró fue la de su propia existencia: sé que existo porque se trata de una afirmación de la que es imposible dudar. Pero esa existencia, tal y como él la concibe, es muy distinta de lo que habitualmente entendemos por “yo”. Descartes ha dejado fuera nada más que al cuerpo, con todos sus deseos, exigencias y servidumbres. Para él, el “yo” es puro pensamiento, “una cosa cuya esencia o naturaleza no consiste sino en pensar”, como se nos decía en el texto que hemos comentado. Y sobre esta base construyó todo el resto de su sistema filosófico.

Así pues, dada esta base, el mundo filosófico de Descartes será un mundo de pura razón. Al elegir como criterio de verdad la “claridad y distinción” se vio obligado a dejar de lado todo lo que no cumpliese con esas estrictas condiciones. Su concepto de hombre, por ejemplo, va a consistir en un ser partido en dos: un alma pensante y un cuerpo consistente en pura materia inerte. Quizás este mundo cartesiano resulte poco atractivo para nosotros; como todo mundo matemático, resulta inhabitable y frío. Echamos de menos en él la valoración de lo corporal, la riqueza del conocimiento sensible, la complejidad de la vida afectiva.

Por otra parte, el mérito de Descartes consistió en explorar a fondo y de manera coherente una de las dimensiones del hombre (el uso teórico de su razón) llevando hasta sus últimas consecuencias esa investigación. Al hacerlo tuvo que romper audazmente con una larga tradición y, quizás sin saberlo, iniciar una línea de pensamiento que fue decisiva en la construcción de la Europa moderna: por primera vez, el sujeto individual se afirma como el juez que va a decidir acerca de la verdad o falsedad de la realidad que le rodea. En adelante, el individuo será el protagonista del mundo y no sólo un mero y pasivo espectador. La sociedad contemporánea no ha hecho otra cosa que llevar también hasta sus últimas consecuencias este giro individualista iniciado por Descartes.

Por último, la invocación cartesiana a la necesidad de “dudar al menos una vez en la vida de todo” sigue constituyendo un excelente ejercicio de reflexión crítica ante todo tipo de prejuicios y verdades oficiales, pues sólo nuestra razón y la de otros puede ayudarnos a no acomodarnos en las creencias establecidas, sólo así los enemigos de la razón (adivinos y echadores de cartas, profetas de diversa índole, defensores de una única verdad, etc.) pueden ser desenmascarados como mercaderes de la confusión. Y es que la razón humana no es ni debe ser nunca omnipotente, está claramente limitada, pero es el mejor instrumento con el que contamos para vivir.

Por ello mismo, hoy, que la “mitología científico-tecnológica” preside nuestra manera de concebir el mundo, sea aún más necesario dudar de lo todo lo dudable, mas no por ello olvidándonos de que dudar es una manera de vivir y compartir, no un mero y solitario ejercicio de filósofos profesionales o de distraídos y ociosos.